

Vocento gana el 'Editors Lab' por segundo año consecutivo

El equipo de los medios regionales será el representante nacional en la copa del mundo de la innovación periodística

:: R. C.

MADRID. El llamado periodismo de datos, basado en su tratamiento y visualización, ha existido siempre, pero la tecnología ha revolucionado en los últimos años esta disciplina que no siempre encuentra su camino. A modo de impulso, el Global Editors Network planteó este tema como punto de partida en el maratón periodístico que organizó el pasado fin de semana en la sede del diario El País en Madrid y que reunió a representantes de diversos medios de comunicación, como el propio El País, Diario de Navarra o La Vanguardia. El equipo de Vocento ganó el certamen con el especial interactivo 'Qué comen los españoles', una atractiva propuesta periodística centrada en el consumo de alimentos y planteada para internet. A partir de una base de datos del Ministerio de Agricultura, la cobertura mostraba la

evolución de la dieta nacional, permitía establecer comparaciones por regiones e, incluso, conocer en qué medida la crisis económica había modificado el menú medio.

Al imponerse en la edición nacional del 'Editors Lab', el equipo de Vocento –formado por Elena de Miguel, jefa de la edición digital del diario Sur; Iker Barinagarrementeria, director de arte del periódico La Verdad; y Jesús Pedro González, del área de Tecnología– competirá contra los otros ganadores de los encuentros celebrados en otros países. Medios de gran prestigio internacional como el periódico israelí Haaretz, el uruguayo El observador, el británico The Times o Público, de Portugal. Esta fase final del torneo internacional se considera la copa del mundo de la innovación de las salas de redacción y se llevará a cabo durante la cumbre de la Global Editors Network que tendrá lugar el 17, 18 y 19 de junio en Barcelona.

«Es una buena oportunidad para conocer grandes equipos; afrontar nuevas formas de abordar la información y presentársela al lector. El trío periodista-diseñador-desarrollador resulta esencial en esta nueva era en la que información y tec-



Los integrantes del equipo de Vocento en el 'Editors Lab' Jesús Pedro Gutiérrez, Iker Barinagarrementeria y Elena de Miguel. :: R. C.

nología van de la mano», comentó De Miguel tras conocer la decisión del jurado, formado por Millán I. Berzosa, profesor de Periodismo Digital y Consultor; Mar Cabra, periodista de Investigación y datos y reportera del Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación (ICIJ); Silvia Cobo, periodista; y Antoine Laurent, estratega de medios internacionales.

Chocolate y pescado

Los cuatro destacaron el carácter periodístico de la iniciativa ganadora.

El trabajo 'Qué comen los españoles' lograba mostrar a través de diferentes mapas y gráficos interactivos, con un diseño adaptado para diferentes formatos de pantalla, una auténtica radiografía de la nutrición en España con la que poder elaborar diversas informaciones e incluso jugar con ellas a través de encuestas. Así, permitía establecer sencillas comparaciones entre regiones y conocer de forma rápida datos tan llamativos como que un riojano consumió el año pasado hasta veinte kilos más de carne que un andaluz. O

descubrir que Canarias es la región donde se come más queso. O confirmar que el consumo de pescado ha descendido notablemente durante los años de la crisis económica. Unos años en los que, por cierto, ha aumentado la ingesta de chocolate.

El especial verá la luz en las webs regionales de Vocento cuando se terminen de pulir los últimos detalles. Se da la circunstancia de que otro equipo de este grupo de comunicación ganó también el año pasado el 'Editors Lab', que entonces se celebraba por primera vez en España.

Cuando algún compañero académico fallecía, solía encomendarme Castelo que escribiera una necrológica. Manuel Pacheco, Juan de Ávalos, Jaime de Jaraíz, Francisco Tejada... fueron objeto de mi atención al partir de este mundo. Ahora un manojo de escritores amigos, compañeros o poetas han ocupado páginas sacando el pañuelo desde el atril de sus lágrimas.

Le conocí en aquellos años de la transición política cuando en la vestíbula de la biblioteca de ABC tenían lugar tertulias sobre el tiempo por venir. Desde entonces nuestra relación no conoció pausa. Recogía mis colaboraciones para su periódico o me prologaba alguna obra. Contestó en la barroca iglesia de Santa Catalina de Jerez de los Caballeros a mi discurso de ingreso en la Real Academia en 2002.

Estuve en Granja de Torrehermosa cuando la liturgia de incienso y flores engordaba las dudas sobre la vida y la muerte. La presencia popular y los rostros dolidos, nos hermanaban ante la adversidad emocional por el trance.

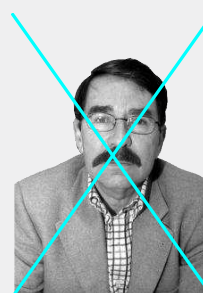
Santiago Castelo accedió a dirigir la Real Academia con ánimo, aunque su armazón mental no estaba especialmente diseñado para la gestión monótona que impone el diario quehacer, que él siempre ejerció lo mejor que supo y pudo. Al tiempo fue un ejemplo de lealtad profesional a su ABC; pero en un sitio y en otro destacó, sobre todo y primero, por su cualidad conciliadora contra todo

viento perturbador en las relaciones humanas. Era un derrochador de gestos con las cartucheras cargadas de armonía, y así tiroteaba balas de afectos desde su anatomía de grandullón amable. El día 18 de septiembre de 1999, hace dieciséis años, escribí en este diario un artículo titulado 'Santiago Castelo, de palabra y barro', y en todo lo que allí dije me reafirmo: «Asoma la ternura a flor de carne, con esa voz redonda de trovador de antaño. Y ese porte –a un tiempo– de ácrata y señor de la corte, para vestir de salón o verbena el plural manantial de sus sentires». Porque nunca admiré en él la rutina de esa obligada diligencia administrativa ya que Castelo, como María en casa de Lázaro, había escogido la mejor parte, su afán, su vocación completa, era dejarse seducir por lo humano, y amar para regalar instantes habitados de felicidad. José Antonio Zarzalejos, anterior director de su diario, ha escrito en estos días: «Fue un buda feliz que disfrutaba de la vida», y en Ramón Pérez-Maura leo que era tal su entrega a los propios que amaba que «el día en que la Casa del Rey anun-

FELICIANO CORREA

LOS ABRAZOS Y LA LIRA

Para mí Castelo fue un místico de lo castizo, y su decir llevaba de fábrica una musicalidad interior que hacía más atractivo leer sus anhelos incansables de búsquedas entre dudas y vacilaciones



ció que Don Juan Carlos había creado para Guillermo Luca de Tena el título de marqués del Valle de Tena, era mayor la alegría de Castelo que la del propio agraciado con la regia distinción». Sin duda de la sobreabundancia de su corazón hablaba su boca, y también sus brazos, que no eran tenazas sino alas adiestradas para el agasajo. Tal vez nadie lo ha sintetizado mejor que Juan M. de Prada en el prólogo a su obra 'Cuerpo cierto' al decir que «Castelo es uno de esos raros ejemplares de hombres en los que poesía y humanidad forman una alquimia indestructible, una argamasa de sangre y metáfora que ilumina sus actos y contamina sus palabras de una escondida belleza». Por eso sus achuchones eran tan entregados y sus apretones de manos asideros certificados para infundir confianza, de tal modo que los que se sentían queridos recibían mimosamente esa gesticulación sin fronteras. En esa transición gozosa, la bravura de su voz bautizaba el diálogo de una luz confidencial.

A mi parecer sus abrazos y su lira funcionaban dentro de él, en el salón

secreto de su recóndito templo, como dos péndulos que se cruzaban equilibrados y sin colisionar.

Por suerte el sonido de su poesía halló eco en la besana de estas tierras pardas y en los habitantes de tantos rincones puebleros por él conocidos, un soporte imprescindible para elevar lo prosaico del existir a la ingravidez de las alturas, allí donde los críticos literarios descubrían la quintaesencia de sus más penetrantes maneras de amar.

Para mí Castelo fue un místico de lo castizo, y su decir llevaba de fábrica una musicalidad interior que hacía más atractivo leer sus anhelos incansables de búsquedas entre dudas y vacilaciones. Aquellos abrazos parecían un desahogo necesario, como si estuviera repleto por un atracón de afectos. Por todo ello, al recrearnos en el recuerdo del hombre y del poeta, no hemos de verlo entre los pucheros de los quehaceres del oficio o del cargo, ya que el valor que de él permanecerá será esa manera suya de ejercitar fogonazos de amor, era algo incontenible, igual que los volcanes son fieles a su condición de ex-

pandir el calor por las laderas vecinas.

Amor y lira, alma y tierra, palabras que son agua para hacer del polvo barro. Barro para catar la condición humana y asirse en sus idas y venidas a su rincón primero y telúrico, como punto de partida y, por fin, de llegada.

Volví a casa cruzando los trigales espigados por esas llanuras sureñas cuando ya se hacían fugitivas por tierras portuguesas las últimas luces que al poeta despedían. Era la víspera de mi cumpleaños y medité sobre la brevedad de la vida mientras azotaba mis cavilaciones. Sólo supe, tras tantos kilómetros mentales de desasosiego silencioso, que tal vez él haya acertado y si San Juan de la Cruz sentenciaba que «al final nos examinarán en el amor», Castelo lleva sellada su credencial de peregrino amoroso por miles de posadas y de veredas.

Encaramado allá donde ya esté formará parte de ese club de los poetas muertos, y dará lecciones de cómo vivió su carpe diem, y escribirá poesías sin letras, rebeldes ya a cualquier estilo gramatical, versos sin peso y sin disciplina. Pero por aquí abajo, todavía durante un largo tiempo, pensando en ese mayo dominiguero que se lo llevó, recordaremos sus versos sin encontrar respuestas: «El corazón se desangra/ en una luz de cuchillos/ y por la boca me corre/ un viento de escalofrío. ¿Por qué lloverá el silencio/ las tardes de los domingos?».